

TRIBUNA | PERIODISMO En la muerte de Manuel Alcántara, decano de los columnistas españoles, es oportuno reivindicar la vigencia del género del artículo, del cual Alcántara ha sido el último gran maestro de estirpe clásica.

27 renglones diarios de Olivetti

JORGE BUSTOS

DE SUS MEJILLAS cóncavas y sus pantalones abolsados uno solo podía sacar la conclusión de que Alcántara había burlado a la muerte por pura falta de incentivos. ¿Qué quedaba en él, en ese cuerpo esquemático en donde la carne había sido completamente devorada por las palabras, en donde el espíritu había borrado el rastro de la biología, que pudiera seguir interesándole a la muerte? «Solo se me ocurre a mí / pasarme toda la vida / viendo la muerte venir», había escrito para convencernos de que no era inmortal, aunque a esas alturas ninguno le creíamos. En cada nuevo cumpleaños nos daba las gracias por acudir a su entierro, pero lo decía armado de un Ducados y un *dry martini*, y su estampa de metódico hedonista arruinaba la credibilidad de la necrológica. Al final tenía que concedernos que el hígado le había salido bueno, pero a lo mejor es que no tenía hígado, ni estómago, ni páncreas, ni otras vísceras ordinarias, impropias del poeta del artículo que hoy España llora no como cuando fallece un artesano sino como cuando se extingue un oficio; no cuando se va el hombre sino cuando concluye una estirpe.

Si también Alcántara puede morir no sabemos muy bien qué seguimos haciendo aquí, llenando columnas de papel en el siglo del grafeno y del *streaming*. El columnista es un desalmado que vende su cerebro a cucharadas en la esperanza de que lectores curiosos remuevan con ellas su café cada mañana. La grandeza de Alcántara proviene de la aguda conciencia de su propia contingencia, de su reverendo tesón de teclista, una humildad amarrada a la Hispano Olivetti -27 renglones diarios, cada tarde después de comer, durante más de medio siglo- que a partir de un número determinado de trienios proclama el santo respeto al lector mucho más que la vanidad del autor.

El columnista vende su cerebro a cucharadas en la esperanza de que el lector remueva con ellas su café cada mañana

Otros se encaraman a un púlpito para encender la llama matutina de la democracia, que se apagaría fatalmente sin su fatua brasa de cada día; él se conformaba con llevar a su ávida grey la fórmula precisa de la columna, que ha de combinar la noticia, el ensayo y el poema con un aderezo general de humor y melancolía. Nadie como él mezclaba esos ingredientes de ardua alquimia, y a muchos que lo intentan sin saber les cuesta una llamarada en las narices.

De unas nupcias furtivas entre poesía y boxeo nació Manuel Alcántara un día de enero de 1928, de donde se deduce que contaba 91 años en el álgido momento en que ha decidido dejar de durar, que no es exactamente lo mismo que vivir, como nos reveló

en su Málaga el día que cumplió los 90. Al hombre de las 20.000 columnas al final le costaba tanto emitir palabras que las ahorra aquilatándolas en sentencias cortas, cortantes y densas que se quedaban flotando por encima de los platos y nos ruborizaban a todos un poco, pensando en la dilatada banalidad que estuviéramos a punto de soltar antes de que Alcántara musitara que hoy es siempre todavía o que el ser humano no es gran cosa: lo que pasa es que ha tenido buena prensa. Esa facultad de abreviar lo por decir para potenciar el sentido se la regaló la poesía, que fue su vocación primera y que vendría a confirmar el aserto de Umbral sobre la columna como soneto del periodismo y el versículo de san Pablo que advierte de que toda palabra ociosa nos será tenida en cuenta.

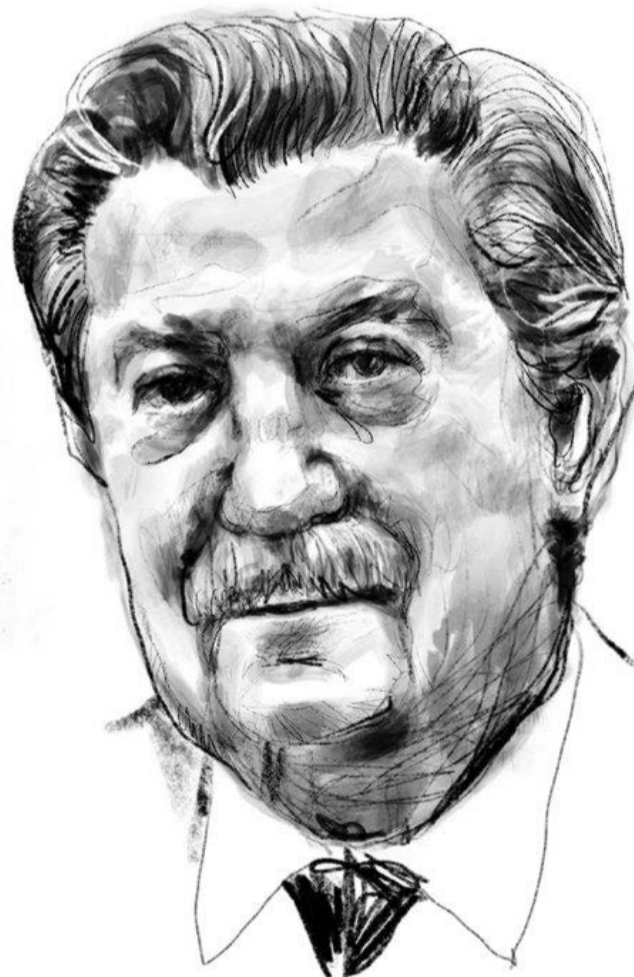
A Alcántara no le tendremos en cuenta que se haya muerto, pero hay que reconocerle que nos ha hecho la pascua. La próxima vez que bajemos a Málaga el mar parecerá más intemperie porque sabremos que a su orilla ya ni escribe ni bebe ni fuma el último capitán de los plumillas bebedores y fumadores. Si Dios existe no tiene perdón de Dios, caviló este andaluz no militante en un verso que le conecta antes con Woody Allen que con el espesor del incienso pascual. Sus artículos abrevaban en un íntimo venero de pesimismo, pero luego corrían ligeros por el folio y entraban en uno como el agua clara o el amanecer en la alca cuando descorremos las cortinas, lo que demuestra que la tristeza no está reñida con la amenidad ni el deslumbramiento con el optimismo bien informado. Solo Alcántara sabría cuánto le costó adquirir la virtud suprema del estilo, que es la sencillez sin ápice de simpleza.

DE LA PELEA de eunucos banderizos en que consiste eso que llamamos agenda política le salvó la incapacidad de tomarse a los políticos tan en serio como se tomaba a los boxeadores, aunque ambos deportes -el boxeo y la política- se parecen en que no son ningún juego, y se diferencian en que el boxeo tiene reglas. Fue articulista estrella en el Arriba a despecho de la grave acusación de liberalismo, y ha malgastado como todos demasiada tinta en políticos de tránsito, pero solía encontrar la manera de redimir la insoportable levedad del opinar del escandalito del día con un golpe de senequismo. El amor y la muerte le importaban más que la ideología o la corrupción, y no vamos a culparle por ello.

«No ignoro que el sitio que ocupa cada cual en el Parnaso o donde sea depende de los acomodadores», deslizó en el prólogo -el mejor de nuestras letras en el pasado siglo, junto con el que Chaves esculpió para *A sangre y fuego*- a una edición de las memorias de Ruano de 1979 que releo como el evangelio. ¿Qué sitio corresponderá a Manuel Alcántara, cuya obra se escribió íntegra en diarios de papel a excepción de sus delicados poemarios? Yo acomodaría su nombre muy lejos de una sociedad zafia, venal y ansiosa que produce un libro por habitante al día y no lee ninguno, ni siquiera el que firma su firmante, que a menudo ni lo ha escrito, empezando por el presidente de España. Si de Ruano o Foxá se ha lamentado su facundia periodística, que les robó la energía para más de un libro memorable, qué tendremos que decir de Karl Kraus,

campeón europeo de la concisión: «Quien sea capaz de escribir aforismos no debiera desparramarse en artículos». Un libro hoy sale, mañana se promociona y pasado se retira de los escaparates de las librerías caminito del almacén y de la incineradora, donde el fuego lo destruye junto con la arrogancia de su autor. Alcántara vivió para reivindicar la bengala alegre del artículo menor que se consume tan rápido como se espera el siguiente. De las cenizas cuaresmales del folio de cada día se alzarán el artículo resucitado de mañana, y en ese ciclo pascual -dolor y gloria- vive el escritor de periódicos llevando flores a su propia tumba hasta que un día los demás las llevan a la tuya. Eso hizo Campmany el día que murió Ruano:

«César escribió para hoy, solo para hoy. ¡Qué estúpidos los que dicen escribir para la posteridad! Y escriben las cosas obvias, las cosas que se repiten eternamente, solo porque cada año nacen nuevos ignorantes que las desconocen. Lo mejor que se puede hacer por César es escribir para hoy, con una fétida rosa niña en el ojal de la solapa, en un papel que mañana estará marchito, y dejarse el alma en cada artículo. Y mañana, Dios dirá. Se compra uno un alma nueva, o se roba, o se alquila o se inventa, o se la pide uno prestada a un amigo. Y se escribe uno otro artículo, o dos, o tres. Y a firmar y a cobrar».



RAÚL ARIAS

La última vez que vi a Manuel Alcántara fue el 7 de septiembre de 2018. Por entonces ya apenas pesaba. Llevaba los ojos muy abiertos, seguramente de tanto esperar. Se había dejado el alma a cucharadas en el café diario de generaciones de lectores y se preguntaba, generosamente vaciado, qué más le quedaba por entregar. Han nacido millones de ignorantes desde el día lejano en que publicó su primera columna y ya no se sentía con fuerzas para escribir las cosas innumerables que los ignorantes desconocen. Tampoco para comprarse un alma nueva, aunque todos le hubiéramos prestado la nuestra. La muñeca más fértil de España se ha parado. Al fin puede descansar en paz.

Jorge Bustos es jefe de Opinión de EL MUNDO.